

LA PRIMERA CAÍDA DE UN ÁNGEL

El peregrino miró hacia lo alto de la Catedral, quedando maravillado por la majestuosa construcción que se alzaba sobre sí. Desde la escalinata que daba paso a un enorme portón de madera tallada con florituras narrativas hasta la cúpula superior, rodeada de arbotantes que descansaban sobre contrafuertes ricamente adornados y culminados por pináculos tallados en piedra de forma magistral. Todo elemento parecía contar su propia historia, y todas las historias juntas parecían narrar una mayor.

Tras pasar quizá varios minutos admirando aquel enorme libro de piedra y mármol, el anciano bajó la mirada y continuó caminando hacia el interior del vasto santuario de Theridas situado en la capital del reino de los humanos. A aquellas alturas el viajero había olvidado el dolor de sus pies descalzos y el cansancio que arrastraba junto a sus pertenencias. Abrió una puerta incrustada en el portón de entrada y, conforme dio el primer paso dentro del edificio, su alma se vio fortalecida de nuevo.

Si bien creyó que no podía maravillarse más tras ver el exterior de la Catedral, su entrada borró su escepticismo de un solo vistazo. Frescos que inundaban los diversos techados, columnas salomónicas que danzaban con la vista hasta perderse en un mar de cúpulas vigiladas por atentas gárgolas, las cuales parecían esperar un solo error del visitante. Todo en cada una de las naves que conducían al altar central era una obra de arte.

El atónito anciano caminó en un solemne silencio. Le costaba creer que en un lugar tan enorme le pareciese oír el resonar de sus propios pasos. Mientras avanzaba, varias luces de colores, procedentes de vidrieras situadas en los laterales de la nave central, bañaban su piel y sus ropajes, aportándole una calidez que contrastaba con el frío mármol que tocaba sus pies.

A medida que se aproximaba al altar su bello se erizaba y algo se removía en su interior, pues comenzaba a apreciar el tamaño y la belleza del mismo. Una estatua erguida de Theridas parecía observar la puerta de entrada mientras tendía la mano en señal de apoyo al visitante. Con la otra mano sostenía una espada de varios metros de altura cuyo filo simulaba estar realmente clavado en el mármol. Parecía dispuesto a emplearla contra aquel que osase profanar ese sagrado lugar.

La luz que incidía sobre la figura era perfecta, con su ángulo le daba majestuosidad, con los tenues colores humanidad, candor. Realmente parecía que el propio padre de los humanos estaba allí, velando por ellos. El rosetón que se alzaba sobre su espalda, igual de colosal que la figura, mostraba escenas de la creación y del final del mundo que se entremezclaban en una rueda narrativa donde héroes y dioses se fundían en una misma historia eterna.

Una lágrima brotó de uno de los ojos del anciano. La quietud del lugar en aquel momento le dejó apreciarlo en todo su esplendor, y aquello le emocionó sin duda. Tanto que se dispuso a rodear la estatua de Theridas para apreciarla con todo lujo de detalles. El peregrino estaba tan maravillado en aquel momento que olvidó por completo que subir al altar era algo restringido a las sacerdotisas o sacerdotes encargados de los templos, o a aquellos que contasen con su autorización.

Tuvo suerte de que en aquel momento Hylesnia estuviese junto con sus ayudantes en su sala privada, concentrada preparando exhaustivamente el sermón y el ritual para el siguiente oficio. Aunque quizá la suerte no tuviera tanto que ver, todo depende de cuánto creamos –o no- en las coincidencias.

Mientras el viejo peregrino rodeaba la colosal estatua y la observaba de arriba a abajo, pudo percibir algo extraño en el suelo tras la misma. Una losa parecía no encajar allí del todo. El color era

ligeramente diferente, como si el mármol no perteneciese a la misma veta o incluso la misma cantera. Además, se trataba de una losa sumamente pequeña en relación a las que poblaban el suelo de la catedral. Era como un pequeño cuadrado algo más claro en medio de cortes mucho más amplios y con un tono que podría describirse como más viejo.

El viajero hincó sus rodillas frente a aquella losa misteriosa, y pudo comprobar como efectivamente sus juntas no estaban selladas con material alguno, sino encajadas con una gran precisión entre las demás. Así pues, tras mirar hacia lo alto de la estatua como pidiendo permiso al dios, se dispuso a palpar las juntas y la losa, para comprobar que esta se movía muy ligeramente si se presionaba con fuerza.

Tras una segunda mirada al cielo, el intrigado anciano sacó un cuchillo que solía emplear para cortar la carne de sus comidas y hundió la punta en una de las ranuras laterales de la losa. Y tras un rato que le pareció una eternidad hurgando en las juntas con aquel cuchillo medio raído, logró que el pedazo de mármol bailara y permitiese hincar mejor el filo.

Finalmente, después de haber estado varios minutos intentándolo, la losa cedió y pudo agarrarla con la mano por un lado. Cuando consiguió extraerla del todo y posarla sobre el suelo de la catedral, vio que dentro del hueco revelado había un libro maltrecho, con una tapadera de cuero manchado por lo que parecía sangre seca. El peregrino sintió un escalofrío al verlo y ser consciente en ese momento de que estaba haciendo algo realmente prohibido. Le tentó cerrar aquello de nuevo y salir de allí lo antes posible, pero la curiosidad pudo más que la cautela en ese instante de duda. El viejo arcadiano había llegado a la capital como parte de un viaje de conocimiento tanto interior como del mundo, y no podía ignorar algo que la vida le estaba revelando en aquel momento. Algo importante, sin duda.

De modo que con gran congoja alargó sus brazos y sostuvo el tomo con fuerza, como lo haría alguien que conoce el verdadero valor y el poder de la palabra escrita. Limpió de restos de tierra y polvo la tapadera con una de sus manos, tragó saliva y abrió el libro por la primera página. Tras una última mirada hacia el cielo y una honda respiración, comenzó a leer aquellas letras que parecían haber sido escritas con sangre.

“Apreciado lector, si bien has encontrado este manuscrito, por favor, cuida de él como si fuera el relato de tus días. Cúidalo, por favor, porque se trata del único relato que existe de los míos. Puedo decirte que literalmente me ha costado mucha sangre y agonía que estas páginas lleguen a tu poder, para que así alguien me recuerde como realmente fui. Para que alguien me recuerde con mi honor intacto, y sea consciente de que mientras viví – puesto que mi estado actual no puede tildarse de “vida”- la raza humana tuvo un protector incansable digno de ser al menos bien recordado. Con este fin a continuación te revelo mi historia, para que hagas con ella lo que creas más adecuado. En cuanto al libro, te suplico que lo guardes para que algún día en el que tú ya no existas alguien más pueda ser testigo de mi vida y quién sabe si portador de mi palabra.

Los humanos sabéis bien que los ángeles fuimos creados por Theridas para defenderos de la amenaza demoníaca que su hermano Hellion engendró. Nacemos adultos, poderosos, sabios pero sobretodo leales a nuestra causa como pocos humanos pueden llegar a serlo. Solamente tenemos boca durante unos instantes en los que el dios luminoso nos hace pronunciar un juramento de lealtad eterna,

“Ante cualquier peligro, ante cualquier amenaza, mi destino irá unido al de los humanos. Mi sangre servirá para evitar verter la suya, mi honor solo existe para defender su virtud y mi infinita obediencia será solo para su padre y el nuestro, Theridas, que siempre velará por que cumplamos con nuestro juramento.”

Una vez pronunciadas las palabras, nuestros labios quedan literalmente sellados para jamás pronunciar otra. Para que nunca podamos arrepentirnos ni contradecir lo dicho en el juramento, y para que nunca olvidemos tales palabras, las únicas que habremos dicho en toda la eternidad.

De modo que tomé el juramento tan profundamente como ningún ángel pudiera haberlo hecho. Serví a Theridas durante décadas hasta convertirme en su mano derecha. Defendí a los humanos en las por desgracia conocidas campañas de Dracia, Caledios, Brannan y Thorhampton, todas ellas perdidas. Derramé lágrimas por cada ciudad perdida, por cada vida humana segada. Luché con fiereza hasta que todos habían caído o huido, y Theridas nos ordenaba retirarnos. La venganza no es algo que un ángel puro sea ni siquiera capaz de comprender, de forma que los ángeles supervivientes obedecíamos inmediatamente sin importar las muertes que nuestro enemigo hubiera causado. Nuestro cometido allí había terminado, ya no había nada que hacer.

Sabía que mis hermanos sufrían tanto como yo ante tanta muerte, pese a no poder hablar siquiera entre nosotros, pues nos sentimos los unos a los otros. Pero era nuestro deber. Nuestro único cometido ha sido siempre velar por los humanos, y cuando no lo hacemos luchando a su lado en una batalla, lo hacemos velando desde los cielos por ellos, observando su vida diaria y tratando de bendecirles para que padre les sea propicio, al menos a los merecedores de ello.

Yo era algo con lo que no podía. Fuimos creados quizá demasiado piadosos, o vinculados con los humanos en exceso, no lo sé, pero cada masacre acababa con un pedazo de mi ser. Lo más doloroso para mí fue descubrir desde la campaña de Brannan la existencia de herejes. Humanos que habían abandonado la senda de la luz y se habían unido a las hordas que pretendían destruirlos por placer, por el mero hecho de obtener poder. Un poder que no hacía sino condenarlos al tormento cada día de sus penosas vidas. No pude matar a ninguno de ellos en batalla. Pese a la impotencia que sentí al ver al primero, seguí viendo la bondad innata de esa raza en su interior, muy escondida, ahogada entre el sufrimiento. Fue muy duro verles matar a sus hermanos, pero yo seguí con el que siempre fue mi cometido, matar demonios.

En esa campaña Hellion había mejorado su efectividad a la hora de invadir, pues ya no se limitó a soltar hordas de demonios en una misma dirección que acabasen con todo. Sabía que los humanos se habían organizado mejor, construido mejores murallas y preparado mejor sus tropas. Sabía que sería difícil seguir avanzando, por lo que decidió hacer lo mismo, organizarse.

Pero su modo de organizarse no era el mismo. Los demonios no entendían de hermandad ni de seguir órdenes, de modo que hizo algo tan inesperado como terrible. Nombró una comandante, alguien con un poder inconmensurable capaz de controlar los impulsos destructivos de los demonios y demás criaturas infernales y dirigirlos a voluntad. No tuve oportunidad si quiera de enfrentarme a ella, pero desde lejos pude percibir que había algo humano en aquel ser. Ignoro si era una hereje o de qué criatura abominable se trataba, pero o había sido en otro tiempo humana, o algo humano la habitaba. No sabría ser más preciso, pero aquello también me pesó.

Los humanos la llamaron Bellatrix, derivado de “Devastadora en la guerra” en lengua arcana. Y no en vano le pusieron ese nombre. La caída de Brannan fue algo trágico. Recuerdo a Harald Harsson, Lord enviado desde el Norte a defender la ciudad, luchar con todo el alma y dirigir a sus tropas en la vanguardia, resistiendo con una fuerza descomunal, impropia incluso de su raza. El propio comandante de Theridom acabó él solo con decenas de diablillos y demonios, pero la líder Hellscion empleó artificios dignos del inframundo. Mataba a sus propios engendros, segando así con potentes ataques muchas más vidas humanas.

Por primera vez, los demonios fueron precisos, sabiendo donde atacar en cada momento para descomponer las filas aliadas y causar el máximo de bajas. Aquello estuvo horas siendo una

resistencia heroica, pero terminó siendo una masacre. Harald cayó empuñando su mandoble con un valor que no había visto antes en un humano. Incluso cuando docenas de diablillos le sepultaron entre cientos de mordiscos y arañazos intentaba asestar cuantos golpes pudo para acabar con algunos antes de morir.

Así pues, ante un avance táctico de ese calibre, Theridas tuvo que seguir sus pasos. Me llamó ante sí después de la batalla para convertirme en el primer comandante de su ejército celestial. Desde ese momento, en batalla podría dar órdenes a mis hermanos utilizando nuestro vínculo emocional. Es complejo de explicar, pero yo solo tenía que transmitirles de algún modo dónde debían acudir a defender o atacar y ellos reaccionaban. Sé que les alegró esa medida, era algo que nos hizo sentir más unidos. Ya no solo los humanos estaban bien organizados, sus protectores también lo estarían.

El tiempo que pasó hasta la siguiente batalla los humanos lo pasaron reorganizando la frontera sur y apostando cantidades ingentes de tropas en Thorhampton, la ciudad que limitaba con el dominio infernal desde la caída de Brannan. Sus murallas fueron dobladas, el número de almenas multiplicado, se prepararon puestos de guardia a kilómetros de la ciudad para dar aviso de cualquier invasión inminente, aun sabiendo los allí enviados que aquel que estuviera en su turno de guardia cuando la horda llegase moriría sin piedad.

Nosotros nos preparamos también. Observamos el entrenamiento de los humanos y lo emulamos a nuestro modo, realizando prácticas de despliegue y repliegue rápido por los cielos, organizando nuestras fuerzas en escuadrones que funcionarían al unísono. El fin de las hordas demoníacas era inminente. El puño de Theridas iba a caer sobre ellos con más fuerza que nunca, y lo iban a sentir.

Tras meses de espera y preparación, el día llegó. Theridas vio partir a las hordas de Hellion en dirección a Thorhampton y nos ordenó prepararnos. Poco después vimos desde los cielos encenderse las almenas que alertaban a la ciudad de un ataque inminente. El pánico cundió entre la mayoría de los civiles, pero los soldados habían sido preparados a conciencia por su nuevo comandante, el sacerdote local Azrael, al que el señor de la ciudad y padre Ezekiel Thronhonor había nombrado para dirigir la defensa.

Ezekiel, aunque de edad algo avanzada, estaba en condiciones de batallar, pero siempre había sido un hombre más de libro y conocimiento que de espada. De modo que, aunque vistió la armadura para combatir, sabía que su hijo sería mucho mejor comandante que él. Éste se había preparado junto con los soldados a la vez que servía a la iglesia de Theridas, convirtiéndose en el primer sacerdote de la guerra del reino. Demostró gran valor y talento, y su padre pudo verlo.

Así pues, las tropas respondieron eficazmente. Se armaron y desplegaron con rapidez sabiendo perfectamente cada hombre cuál era la posición y función que le tocaba asumir. Todo parecía funcionar como una especie de maquinaria muy bien calibrada, y los hombres emanaban confianza pese a ser conscientes, aunque no del todo, de lo que se avecinaba.

Cuando las tropas estuvieron dispuestas apareció por la vía central de la ciudad, cabalgando entre las filas, el comandante Azrael. A su paso los soldados levantaban las armas y lanzaban un grito en señal de saludo firme. Cuando éste alcanzó la primera fila, su padre, como cualquier otro soldado aunque mejor armado, le hizo el mismo saludo. El sacerdote no pareció prestarle más atención que a cualquier otro soldado, y desde la puerta de la ciudad miró hacia el vasto frente que se desplegaba bajo las murallas. Arengó a las tropas mientras cabalgaba con un discurso digno de otro relato y estas respondieron con un alarido que incluso los demonios, todavía a cientos de metros de la ciudad, pudieron oír.

El discurso y los alaridos dieron paso a un silencio sepulcral, el cual fue rompiéndose por el sonido

de una estampida cada vez más próxima. La tierra comenzó poco a poco a temblar, se oyeron los primeros alaridos y rugidos, e incluso chillidos estridentes típicos de las súcubos en batalla.

Cuando la distancia fue la adecuada, Azrael lanzó un hechizo de protección que afectó a las tropas apostadas en las murallas. Una luz que bajaba del cielo les iluminó y dio la orden de descarga. Los arqueros dispararon sus armas y empezaron a escucharse quejidos, gruñidos y rugidos llenos de rabia incontenida. Los demonios voladores apenas tardaron en aparecer y empezar a tirar de las torres a los arqueros, las abominaciones se acercaban cada vez más para tratar de derribar los muros. La batalla había dado comienzo.

En ese momento Theridas dio la orden, y descendimos sobre el enemigo con la misma piedad que mostraba. Ordené en principio contrarrestar los ataques aéreos de los demonios, pero cuando tras un buen rato lograron derribar el portón de la ciudad y los muros, el caos reinó y las tropas se mezclaron, al menos las primeras líneas. Las tropas de Azrael se habían mantenido a raya más tiempo del esperado, y a los demonios les costó centenares de bajas llegar a romper sus filas. El comandante estaba entre las primeras, alternando entre matar demonios, sanar tropas heridas y lanzar hechizos de apoyo. Incluso resucitó alguno de los generales para que pudieran seguir dirigiendo, aunque fuese un rato más, a sus legiones. Se movía con una entrega y velocidad dignas de admiración. Si hubiera tenido alas como nosotros, quizá el resultado hubiera sido otro.

Yo me encargué de velar por su supervivencia, pues sabía que irían a por él para desmoralizar a las tropas, de modo que por el aire no se le acercó nadie. Fue especialmente duro para mí ver cómo debió contemplar la muerte de su propio padre. Un príncipe demonio separó su cuerpo en dos mitades con su filo de llamas, sin que su hijo pudiera hacer nada al respecto. En aquel momento temí por el curso de la batalla, pensé que se acercaría a lanzarle un hechizo de resurrección rápido, perdiendo así un recurso y un tiempo valiosísimos en un soldado que como tal no merecía la pena. Suena duro, pero Ezekiel fue tan buen gobernante como pobre en la batalla. Vivió más tiempo del que preveía, luchó con valor, pero no era un guerrero.

Pero en un acto de sangre fría impropio de un humano, en lugar de resucitar a su padre, Azrael se giró hacia el demonio que le arrebató la vida y ahora le atacaba a él. Castigó a ese demonio con una luz que emanó de su martillo y fulminó a la bestia en cuestión de segundos.

Y la batalla continuó hasta alcanzar su mayor punto de crudeza. Las bajas ya se contaban por miles en ambos bandos, tanto en bestias como en humanos, e incluso docenas de ángeles. Los defensores de Thorhampton lo estaban consiguiendo, los demonios no lograban avanzar más allá de esas primeras líneas de resistencia que seguían sin caer. La muralla humana estaba siendo mucho más resistente de lo que había sido la de piedra, fue algo de lo que siempre estaré orgulloso.

Sorprendentemente, Bellatrix no hizo nada en aquella batalla más allá que dirigir a sus huestes. No hubo hechizos devastadores ni sacrificio de sus tropas. No lo entendí hasta que de las llamas y el humo que desprendían los muros derruidos vi emerger una figura. Se trataba de otra mujer, con media cara quemada y ojos inyectados en fuego. Comenzó a lanzar llamaradas a todo aquel que osaba acercarse, y aunque pude apreciar la tensión y la rabia dentro de sí, ella sonreía.

Incineraba soldados mientras caminaba lentamente, hasta que me di cuenta hacia dónde se dirigía. Iba a por Azrael. Se habían hecho conscientes de que empezaban a perder la batalla, y necesitaban descabezar al ejército de Thorhampton, o de lo contrario la ciudad no caería. De modo que agarré a *Sentencia* – mi espada- con fuerza y volé a acabar con aquella mujer demonio antes de que pudiera hacer nada.

Mientras me acercaba se percató de mis intenciones, y de sus brazos brotaron potentes llamas que

volaron hacia mí y que apenas pude esquivar. Intercambiamos llamaradas y mandobles de mi espada, sin llegar ninguno a acabar con el otro. De algún modo sabía que de nuestro combate iba a derivar el resultado de una batalla mucho más reñida de lo que los demonios esperaban.

Pero ella lograba seguir avanzando hacia su objetivo, hasta que estuvimos uno frente al otro, y a mi espalda estaba Azrael. El fuego de sus ojos se convirtió en llama, el de sus brazos aumentó hasta envolver por completo su cuerpo y convertirse en un remolino candente que giraba con velocidad a su alrededor. Estaba preparando un ataque demoledor, y vi el momento. Solo tenía que descargar toda mi ira con *Segadora* sobre ella, pero en ese justo momento pude verlo. Era humana. Aquella aberración no era fruto del abismo, sino un ser humano. Me costó mucho sentirla porque su humanidad estaba completamente contaminada, tanto por la magia de Hellion como por una ira tan grande que me era imposible comprender. Pero en el fondo de todo aquello allí estaba, un alma humana, con su resquicio de bondad innata enterrado bajo aquel montón de dolor.

La llama a su alrededor siguió aumentando, y yo empuñaba la espada con fuerza, pero mis sentimientos me tenían paralizado. Azrael, a mi espalda, se mantenía ocupado lidiando con otro príncipe demonio que le acosaba, de modo que no podía hacer gran cosa. Su vida dependía de mí, y no era capaz de acabar con aquella amenaza. Theridas me habló – *Acaba con ella, hijo, salva la humanidad. Solo tú eres digno de tal hazaña.* –, pero entonces recordé mi juramento. Era bien claro, vivíamos para defender a la raza humana y obedecer a Theridas, que siempre se encargaría de hacernos mantener ese juramento. Pero Theridas me estaba ordenando acabar con un ser humano. Sí, por el bien mayor, pero yo sabía que él podía ver la bondad interior en aquella hija suya llena de dolor. ¿Cómo era capaz pues de ordenar su ejecución?

Tras estos pensamientos volví en mí y alcé la vista hacia mi oponente de nuevo, y entonces lo comprendí. Por mucho que fuera humana, por mucho que hubiese un resquicio de bondad en su interior, sus decisiones le acompañaban. Era dueña de su destino y había escogido ser arma de destrucción de su propia especie. Acabaría con una vida maltrecha, pero salvaría no solo la de Azrael, sino miles de vidas que merecían tener un futuro.

De manera que empuñé mi espada con más fuerza que nunca y salté con rapidez hacia la humana. En ese instante apuntó con sus manos hacia mí y Azrael. Su grito resonó en todo el campo de batalla, que se paralizó durante unos segundos. Una llama de un tamaño que fui incapaz de calcular brotó de sus manos, abrasando cada centímetro de mis alas, con las que traté de protegerme, de mi armadura, y de mi piel. Aquel creí que sería mi final, es el último recuerdo que tengo de mí como comandante del ejército celestial.

Pero tiempo después, no sé cuánto, desperté. Y allí estaba, en medio de un montón de ruinas que habían sido la ciudad de Thorhampton. La calle central era un cráter de muchos metros de ancho y decenas y decenas de largo, con una base de lo que parecía roca parcialmente fundida. La piedra de los edificios junto a la misma se desmoronaba en una textura blanda y negruzca. Podía ver lo que parecía algún resto de armadura calcinada en el recorrido del cráter, pero poco más. Alcé la mirada para ver el panorama, y la devastación había sido total. Piedra, cadáveres quemados y ascuas todavía sin extinguir.

Débil y moribundo, pero inexplicablemente vivo, me disponía a caminar cuando vi a *Sentencia* en el suelo. Mejor dicho, lo que quedaba de ella, pues las llamas habían doblado la hoja completamente. Al sujetarla fui consciente del inmenso dolor que sentía, y contemplé mi otra mano calcinada, una masa desagradable que combinaba restos de metal fundido con carne. Pude comprobar como todo mi cuerpo se había transformado en lo mismo, parte de mi armadura se fusionó con mi propia piel. Toqué mi cara y, a parte de un ardor tormentoso, pude sentir la textura de ceniza y carne quemada. Mi máscara debió desprenderse al derribarme la brutal llamarada, y ya

debía ser parte de aquella masa gomosa que hacía de suelo en todo el cráter. Me había convertido en un ser terrorífico, tanto como aquel paisaje, y todo por no haber hecho lo que debía cuando pude.

Mis alas habían desaparecido completamente, calcinadas. No podía volver a casa, así que tal y como tenía intención de hacer, caminé. Recorrí la vieja ciudad para mi tortura personal, contemplando las funestas consecuencias de mi decisión o, mejor dicho, de mi indecisión. Comprendí que la parte del juramento que hablaba de obediencia absoluta tenía un significado, que nuestra falta de libre albedrío radicaba en la confianza que debíamos depositar en nuestro padre, ya que él velaba y hacía lo que era mejor para los humanos. A veces debemos errar para aprender de nuestros errores, pero en ocasiones es demasiado tarde.

Cuando llevaba un rato caminando, a la altura de lo que había sido la catedral, una figura de luz se proyectó sobre mí. Tenía la forma de padre, y me miraba con decepción. Eso fue más hiriente que todo lo que me dijo a continuación.

- Caronte, hijo mío, pues así debo llamarte para mi deshonra. Has faltado a tu juramento...

- ¡Pero justamente dudé por cumplirlo! – Repliqué angustiado.

- ¡No me interrumpas! – alzó la voz en un tono severo haciendo retumbar el entorno, para seguir hablando – Has dudado de la voluntad de tu padre, has desobedecido y tu error ha costado no solo miles de vidas hoy, sino la pervivencia de un ejército de demonios que sigue avanzando hacia tierras de los humanos. Inashka ha sido capaz de derrotar a Azrael, y ya ves cómo ha quedado Thorhampton. Si no hubieras dudado y la hubieras matado, nada de esto habría sucedido así.

Tu piedad por los humanos, aunque no la merezcan, es tan excesiva que te ha llevado a permitir la aniquilación de miles de ellos. De modo que te preguntarás por qué no has muerto. Pues bien, sí lo hiciste, pero te he devuelto a la vida. Y lo he hecho sólo para que puedas asumir la responsabilidad de tu fatal error. No eras simplemente un ángel, sino el comandante de todos los ángeles, y por tanto tu fallo supone un crimen que no puede quedar impune. Cumplirás una condena eterna, que te causará tormento cada día y te hará recordar por qué no debiste nunca cuestionar a tu padre.

- La imagen luminosa extendió su brazo señalando los restos de *Sentencia*, que comenzó a moldearse y recobrar filo. Su mango se retorció y alargó hasta casi tocar el suelo. Lo que antes era una espada doblada por el calor de las llamas se convirtió en una guadaña.

- Desde ahora, Caronte – añadió la figura de luz – tendrás que hacer continuamente aquello que por piedad rechazaste hacer en su momento. Cada vez que a un humano le llegue la hora, segarás definitivamente su alma para llevar tras su entierro su esencia a mi hermano Soulskur, quien se encargará de ella. Desde que acabes con esa vida hasta que su cuerpo sea enterrado y puedas transportar su alma hasta el oscuro, ésta te acompañará como penitencia, y sólo tú podrás verla o sentirla.

Así, día tras día tendrás que enfrentarte por el resto de la eternidad a aquello que tanto dolor te produce, acabar con vidas humanas, para que entiendas con el tiempo que es algo necesario. Para proteger a los humanos hay que acabar con algunos de ellos, como un jardín en el que se podan las malas hierbas. Y ya que ellos no son quienes para decidir quién es mala hierba y quién no, ¡ese es parte de nuestro cometido, era parte de tu deber!

De modo que camina hacia esa montaña – señaló un monte próximo a la ciudad -. En ella encontrarás una cueva tan profunda que te tomará días de descenso alcanzar el lago que hay al final. Cuando lo alcances, una barca te espera. En ella deberás portar todas las almas que recolectes hacia

nuestro plano, atravesando el inframundo, días después de haberlas segado tú mismo.

Como lección a los humanos indignos y para tu mayor tormento, la iglesia educará a sus fieles en la costumbre de dejar dos monedas en sus difuntos queridos. Sólo aquellos que reciban este rito podrán pagarte el viaje hacia los dioses, y sólo a estos podrás acoger en tu barca. Quienes no hayan sido dignos del ritual vagarán indefinidamente por Terra como almas atormentadas, perdidas y albergando un profundo odio hacia su existencia, tanto presente como pasada.

Pero no temas por las almas solitarias o los nobles caídos en batalla. Yo mismo, que observo a todos mis hijos, pagaré el peaje de quienes fueran merecedores del mismo y no pudieran recibir el ritual sepultura. Aunque ellos jamás lo sabrán.

De este modo, no solamente tendrás que segar con angustia vidas de personas que sabrás fueron nobles y queridas en vida. Además aprenderás que hay otras que no merecen piedad alguna, ni la tuya ni siquiera la mía, porque sus actos portaron mal y desgracia al mundo.

- La imagen luminosa se acercó al ángel, posó su mano en su hombro y dijo unas últimas palabras antes de desvanecerse sin dejar rastro: - Te dejo guardar las monedas que recojas, Caronte. Cuando veas tantas que sientas que has pagado tu condena, ven tú mismo a verme y recuperar tu puesto. Sabrás cuándo y cómo hacerlo.-

Y esta fue la última vez que vi a Theridas, mi padre, imponiéndome el castigo más severo que se pueda imponer a un hijo. Pero aunque ya me había dado cuenta de mi error antes de morir, comprendí que debía pagar con ese castigo, que debía cumplir con mi condena. De modo que, apoyándome en *Sentencia*, emprendí mi camino hacia la montaña que padre me había indicado.

Sentía tanta vergüenza de mí que pensé que mi aspecto entonces solo reflejaba cómo me sentía por dentro. De modo que, antes de abandonar Thorhampton definitivamente, recogí del suelo un gran trozo de tela negra raída y medio quemada, y me lo eché encima para cubrirme. No quería que nadie me viera la cara ni el cuerpo, y mucho menos el alma. Aquella gran tela posiblemente había servido de toldo para alguna tienda, quizá de alguien que pasó su vida trabajando honradamente y había ofrecido su amor a los suyos. Alguien que murió por mi culpa. Al igual que los suyos.

Y desde entonces de eso me encargo, de segar y transportar almas. Algunos me llaman la Parca, la Muerte... Tengo muchos nombres en el mundo. Cada vez que termino de llevar el alma de alguien que fue querido en vida a manos de Soulskur, cojo las monedas que me pagó y las tiro al Estigio – palabra derivado del arcano que significa “castigo que deja marca” - , pensando que quizá algún día, si consigo llenar el lago de monedas, sienta que ya he pagado suficiente por mi fatal error.

Y ahora que conoces mi historia, mortal, sabes que nos veremos las caras algún día. De modo que te pido, por piedad, que guardes este libro escrito con sangre sobre piel a buen recaudo. Hazlo para que se sepa algún día que la muerte ni es malvada ni sirve a Soulskur, para que los humanos no se estremezcan al oír mi nombre, sino que vuelvan a sentir que soy alguien que les protege incondicionalmente.

Dicho sea esto, que se haga justicia de mi nombre.

Caronte.”

El anciano levantó la vista sin mirar hacia ninguna parte, simplemente al vacío, atónito, perplejo. No sabía cómo asimilar lo que acababa de leer. Sintió el impulso de hacer justicia al nombre de

Caronte, predicar por el honor de su nombre los días que le quedasen de vida para así ayudarlo a limpiarlo. Pero el destino es caprichoso, o quizá la suerte, eso depende de lo que cada uno crea.

El peregrino oyó un ruido y pensó que le descubrirían y guardó inmediatamente el tomo en su sitio. Pensó que él ya era depositario de aquel conocimiento y eso era más que suficiente para darlo a conocer. Pero cuando había guardado el libro y salió de detrás de la estatua, frente a sí se encontró con alguien que desde luego no esperaba ver. En ese momento, resonó una voz grave en su interior.

- Ahora conoces mi historia, anciano. Hoy me apena más que nunca cumplir con mi castigo, pero a estas alturas ya sabrás que debo hacerlo.